

EPIGRAFÍA OFTALMOLÓGICA

HISPANO-ROMANA

POR EL DOCTOR

RODOLFO DEL CASTILLO QUARTIELLERZ

Exinterno por oposición

de la Facultad de Medicina de Cádiz, Laureado en el concurso internacional de Toulouse, 1885—Francia,—Premiado por oposición en el primero y segundo año de ejercicios de Disección, Profesor de la Clínica de las enfermedades de los ojos en el Instituto de terapéutica operatoria de Madrid, exdiputado á Cortes, &, &.



1897

IMPRESA Y LIBRERÍA DEL DIARIO DE CÓRDOBA

Letrados 18 y San Fernando 34

Teléfonos 13 y 37

EPIGRAFÍA OFTALMOLÓGICA
HISPANO-ROMANA

EPIGRAFÍA OFTALMOLÓGICA

HISPANO-ROMANA

POR EL DOCTOR

RODOLFO DEL CASTILLO QUARTIELLERZ

Exinterno por oposición

de la Facultad de Medicina de Cádiz, Laureado en el concurso internacional de Toulouse, 1885—Francia,—Premiado por oposición en el primero y segundo año de ejercicios de Disección, Profesor de la Clínica de las enfermedades de los ojos en el Instituto de terapéutica operatoria de Madrid, exdiputado á Cortes, &, &.

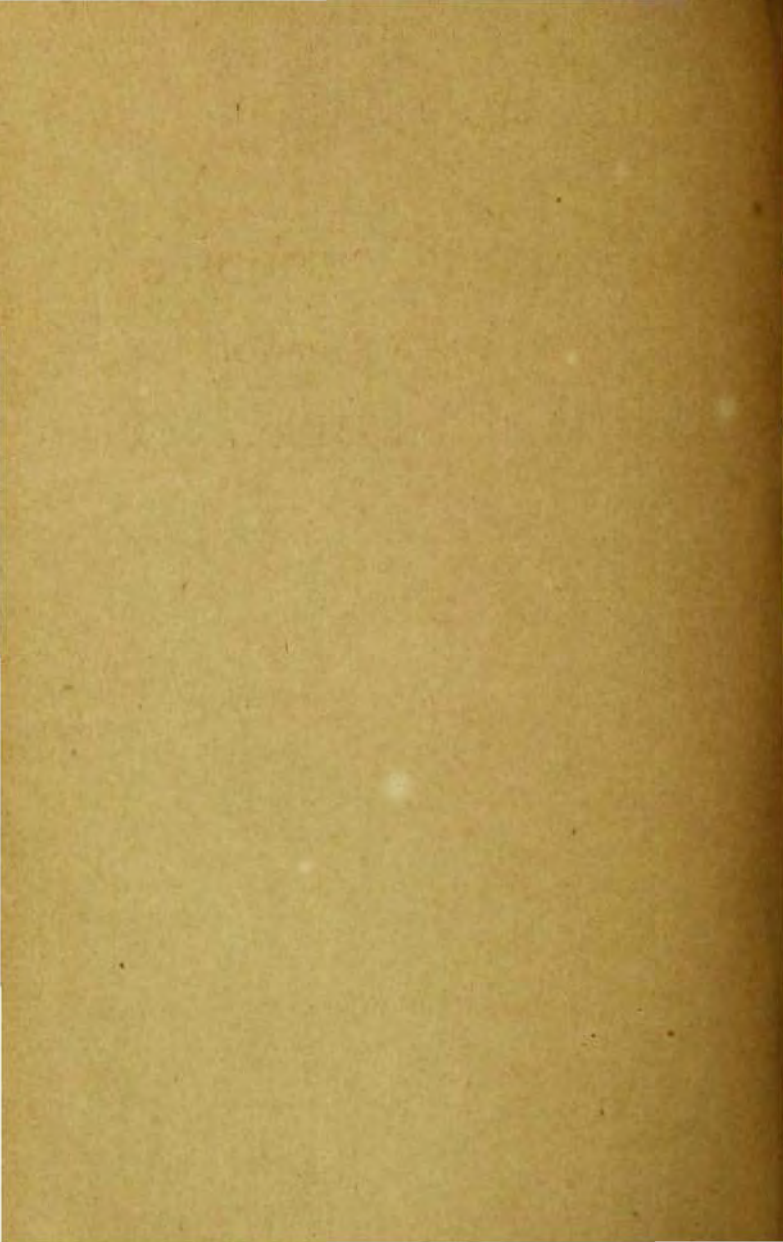


1897

IMPRENTA Y LIBRERÍA DEL DIARIO DE CÓRDOBA

Letrados 18 y San Fernando 84

Teléfonos 18 y 37




AL ILUSTRE Y ERUDITO
EPIGRAMISTA ESPAÑOL
DON MANUEL BERLANGA

*En testimonio de mi profunda
admiración y respeto.*

Dr. Rodolfo del Castillo.

Madrid 30 Abril 1897.



EPIGRAFÍA OFTALMOLÓGICA HISPANO-ROMANA

Los progresos y descubrimientos que constantemente realizan las ciencias arqueológicas contribuyen en parte á que todos los ramos del humano saber pretendan investigar la historia de sus pasadas edades.

La medicina, cuyos orígenes se confunden con los primeros días de la humanidad, ha escogido siempre para sus adelantos cuantos elementos han aparecido en los senderos del progreso y le han sido necesarios; claro es que con tan legítimas aspiraciones no ha podido serle indiferente estos estudios arqueológicos á los cuales debe el conocimiento que se tiene hoy de los prestigios con que era ejercida la ciencia y el arte de curar y los progresos que realizara en tiempo de los romanos en que las especialidades habían tomado carta de ciudadanía y en particular la oculística.

Sabido es que Roma, ocupada en aquellas edades en realizar la unidad del mundo antiguo, tuvo, durante ocho siglos, como preferente ocupación la guerra; pero apesar de ello los romanos, con gran sen-

tido político, supieron asimilar á sus conquistas la cultura y la civilización de los pueblos conquistados, y no estraña ver al poco tiempo, acudir á Roma, los filósofos, los sábios y los artistas más renombrados de la Grecia.

Creese que hasta el primer tercio del siglo de la ciudad, Roma no tuvo mas que charlatanes. Pero, según el antiquísimo historiador *Casio Hemina*, en el consulado de *Lucio Emilio* y *Marco Livio*, 219 años antes de J. C., el primer médico griego que se estableció en Roma fué *Archagatto*.

La acogida que le dieran los romanos se traduce por el derecho de ciudadanía que el Senado le concediera y por la botica ⁽¹⁾ que le comprara para que ejerciese la profesión y estableciese su clínica quirúrgica, acogida que mas tarde cambió en sentido adverso, por la creencia que tuvo el pueblo de la crueldad de los actos quirúrgicos que realizaba.

Tres siglos mas tarde, dice Plinio el naturalista, que de todas las artes reunidas en Grecia, la medicina fué la única que no ejercieron los graves romanos y cuando algún ciudadano, atraído por el lucro, la ejercía, al punto se hacia pasar por griego, sin que esto quiera decir que la medicina dejara de ser arte decoroso, y así mismo lo entendía Cicerón.

Los médicos en Roma curaban en sus clínicas aunque asistían también á las casas, y tanto en uno como en otro caso, siempre iban acompañados de sus discípulos.

Todo el mal efecto que había producido últimamente *Archagatto* lo contrarrestó *Asclepiades* con

(1) Habitación baja en la encrucijada de Acilio, pagada á espensas de los fondos públicos.

su ciencia y procedimientos. A partir de esta fecha, van acudiendo á Roma otros médicos griegos de renombre, llegando César á concederles el derecho de ciudadanía, lo cual hizo que los romanos pensasen en el ejercicio de esta profesión, sobresaliendo entre ellos *Cornelio Celso*, el más ilustre escritor romano de medicina.

Hasta entonces, como se vé, la medicina estuvo en manos de extranjeros, de libertos y esclavos; estos últimos eran mandados por los patricios al lado de los médicos de nota, para que aprendieran, y una vez reconocidos por estos con aptitud para el ejercicio de la profesión, cada cual la practicaba después en la casa y en la familia del patrono; algo así como para los primeros cuidados en los comienzos de una enfermedad.

Generalizada la práctica del arte de curar entre los romanos, la medicina adquirió bien pronto un poderoso influjo, y su ejercicio es considerado como uno de los más lucrativos, haciéndose pagar fuertes honorarios por sus visitas y consultas, hasta el punto de que *Plinio* el viejo dice que un pretor, que padeció de lepra, hubo de abonar una suma de 200,000 sestercios, ⁽¹⁾ sin que esto quisiera decir que con esa cantidad estaba saldada la cuenta. Dicese que *Stertinus*, médico del Emperador *Claudio*, recibía por ello todos los años unos 500,000 sestercios y que su clientela le producía otro tanto ó más. Prueba todo esto la gran preponderancia que adquieren los médi-

(1) El sestercio de plata equivalía primitivamente á 2 1/2 ases de cobre y á 1/288 de la libra de plata, pero esta relación se alteró durante la república y al comenzar el imperio en distintas ocasiones y siempre que variaba el peso legal del *as*.

cos en el orden social, hasta el punto de que concluyeron por conquistar posiciones palatinas oficiales.

Ni en tiempo de la República, ni del Imperio, encuéntrase vestigios de reglamentación para el ejercicio de la medicina, en que solo bastaba para ello haber practicado con un médico de fama, que después lo autorizase para ejercer la profesión.

*
* *

Lo que acabamos de exponer, indica el grado de cultura á que habían llegado en Roma los conocimientos de las ciencias médicas, que explica también el que las especialidades fuesen cultivadas. Creese que esto tuvo lugar en los primeros siglos del cristianismo y que la oculística debió ser la que mas se generalizó.

No muy lejanas investigaciones epigráficas hechas por hombres tan doctos y entendidos en materias arqueológicas como *Grotefend*, *Tuchon d'Annecy*, *Sichel*, padre, *Simpsson*, *Esperandieu*, *Deneffe* y otros, lo han confirmado.

Las inscripciones romanas que han servido para estos estudios son de dos órdenes distintos; los llamados sellos de oculistas y las lápidas tumulares.

Los sellos de oculistas son unos pequeños trozos de piedra, por lo regular de serpentina, de forma cuadrada, de unos 50 milímetros de largo, por 40 de ancho y 8 de espesor.

En su parte superior suelen tener una depresión redondeada á guisa de platillo; en los cantos llevan grabado un nombre que era el del oculista que fabricaba ó vendía el medicamento, el nombre del colirio, la enfermedad ocular y manera de *aplicarlo*.

En los principales Museos y entre los aficionados, encuéntrase registrados y catalogados unos doscientos sellos, cuyas interpretaciones han servido para conocer en gran parte los oculistas de aquellos tiempos, los medicamentos que usaban y las enfermedades á que se *propinaban*.

Como ejemplo vamos á dar á conocer uno que fué descubierto en el departamento de *Nievre*. Es de mármol, de un color verde claro y tiene 0^m '052 de largo, 0^m '031 de ancho y 0^m '013 de espesor, con dos inscripciones. Una de ellas es la siguiente:

L. POMP. NIGRINI. ARPAS
TON. ADRECENT. LIPPIT
VDINE. ODENTE. DIE. EXOVO ⁽¹⁾

cuya interpretación y traducción es como sigue:

L(ucii) Pomp(eii) Nigrini arpaston ad recent(es) lippitudine(s), odent(es) die(m) ex ovo.

Colirio de Asparton (ámbar) de Lucius Pompeius, Nigrinus, aplicase con la clara del huevo, contra las oftalmias recientes que le ofenden la luz (fotofobia).

Estas inscripciones eran una cosa parecida á las marcas de fábrica y servían para grabar los colirios, que tenían la forma de barras pequeñas; cuando la pasta estaba aun fresca la sellaban por simple aplicación de la leyenda, y al secarse quedábanse grabados, como acontece hoy en las barras de tinta de china.

La depresión que se nota en su mayor superficie servía como recipiente para disolver el colirio en el líquido que mejor se estimase.

(1) *Esperandieu: Recueil des cachets d' oculistiques Romains.*
-1893.

Como la mayoría de estos sellos han sido hallados en lugares donde se supone hubo campamentos romanos, se ha deducido, y tal vez con acierto, que las legiones romanas debieron ir acompañadas de oculistas, pues nada tiene de particular que una epidemia de conjuntivitis se desarrollara en aquellos ejércitos, de análoga manera que ocurrió al que llevó Napoleón á Egipto.

Los nombres que los oculistas daban siempre á sus remedios eran griegos y recientemente Mr. de Mely ⁽¹⁾ ha dicho que en sus investigaciones respecto á los sellos de oculistas, en 19 de ellos ha encontrado que en los medicamentos ó colirios figuraban nombres de piedras, pero como no es de suponer que en la composición de ellos entrase la amatista, la turquesa, el zafiro, etc., es de creer que los colirios recibían el nombre de estas piedras preciosas, por el aspecto parecido en color que pudieran tener con aquellas.

*
* *

Las lápidas tumulares son mas escasas en número y no llegarán á una veintena las estudiadas.

En España solo conocemos dos, una en el Museo provincial de Córdoba y otra en el Arqueológico de Cádiz, para las cuales puede decirse que hemos hecho este trabajo.

El Museo provincial de Córdoba, aunque de reciente creación, posee un número regular de inscripciones romanas y árabes. Entre las primeras y catalogada con el número 38 hay una en que se lee:

(1) Revue de philologie.

M. FVLVIVS. ICARO. PONTV
FICIENSIS. MEDICVS. OCVLA
RIVS. SIBI. ET. SVIS. FECIT



Estos caracteres están grabados en hueco en un trozo de piedra negra del país de 1^m'62 de largo, de 0^m'41 de alto y de 0^m'20 de espesor; las letras debieron haber sido de bronce y sobrepuestas, y prueba la labor ó hendidura hecha en la piedra, que afecta sus formas y cuya profundidad mide 4 milímetros. Además, en la caja de cada letra hay dos ó tres agujeros de 2 centímetros de profundidad, como para alojar un clavo ó garra que debería llevar dicha letra y que nuestro fotograbado reproduce con exactitud.

El trabajo está hecho cuidadosamente y debe ser de algún hábil artista. Respetado por el tiempo, no solo nos permite leer sin dificultad la inscripción, sino también apreciar muchos de sus detalles.

Marco Fulvio Icaros del Municipio Pontificense, Médico Oculista, hizo este sepulcro para sí y los suyos.

Esta lápida fué de una tumba familiar hecha por el oculista mismo para sí y para sus descendientes. El cognombre de *Icaro* es de origen griego y el prenombre y el nombre de *Marco Fulvio* acaso lo fueran del patrono de su padre, liberto de un individuo de la familia *Fulvia*. Por su labor y gallardía del grabado de las letras debió hacerse en los días de Agosto.

La palabra Pontificense es el étnico de Obulco, llamado también no sabemos por qué, Municipio Pontificense. Obulco en la actualidad es el pueblo de Porcuna en la provincia de Jaén y límite de la de Córdoba.

Obulco, ciudad antiquísima mediterránea de los túrdulos, fué importantísima. Batió monedas en número y forma que por sus caracteres han fatigado á los sábios, y por sus símbolos demuestran claramente la fertilidad de sus campos, la abundancia de sus productos y el valor de sus ciudadanos.

Dice Strabon que la última vez que Julio César vino de Roma á España á combatir á los hijos de Pompeyo, llegó á Obulco en unos 20 dias, allí recibió á los Embajadores de Córdoba y preparó sus huestes para la campaña que dió lugar á la famosa batalla de Munda.

Aquí terminaríamos nuestra narración, si datos contradictorios no hubiesen venido á despertar en nosotros estraña curiosidad. Segun los antecedentes recogidos en el Museo de Córdoba, la inscripción fué hallada en un cortijo de Porcuna; y segun el profe-

sor Don Emilio Hübner al registrarla con el número 5055 en el segundo volumen del *Corpus Inscriptio-
num Latinarum*, dice que fué hallada en Aguilar
de la Frontera, pueblo de la provincia de Córdoba y
próximo á la de Málaga.

Si aceptamos la primera versión ó sea la de ha-
ber sido encontrada en Porcuna, la esplicación es
sencillísima. El oculista Romano vivió y murió en
aquel lugar, pero si hemos de dar crédito al profesor
Hübner es preciso aceptar entonces que el fallecimien-
to ocurrió en Aguilar y que allí se le enterrara.

A nuestro propósito no interesa este esclare-
cimiento, pues lo mismo dá que la inscripción sea de
uno ú otro pueblo, pero la autoridad del profesor de
Berlín nos inducen á creer que la lápida apareciera
en *Ipagro* donde existió el panteón familiar; es más,
el indicar la leyenda el pueblo de Obulco como el de
la naturaleza de Icaro refuerza esta opinión, pues si
hubiese sido enterrado allí no había para qué indicarlo.
No obstante, en nuestro afán de obtener en cuan-
to posible fuera, el exacto conocimiento de una ú
otra versión, recientemente hemos sabido por el ilus-
trado Catedrático de Fisiología de esta Universidad
Central Dr. D. José Gómez Ocaña, que la lápida fué
donada al museo de Córdoba por el distinguido mé-
dico de Aguilar D. Rafael Paniagua el año 1860, y
que fué encontrada á una vara de profundidad entre
las raíces de un olivo viejo, en el monte llamado la
Vegueta. Este sitio corresponde á la dehesa de los
Moriles, donde se supone estuvo la antigua *Ipagro*.

La segunda inscripción está trazada en un cipo
que fué hallado en Chiclana, provincia de Cádiz, de
donde pasó al Museo Arqueológico Gaditano cuando

este fué creado por el Excmo. Sr. D. Cayetano del Toro y que ha sido leído así por los primeros que lo vieron:

D. M. S.

ALVANIVS, ARTEMIDORVS

MEDICVS, OCVLARIVS

ANN XXXXVII.

K. S. H. S. E.

S. T. T. L.

(1)

D(uis) M(anibus) S(acris). Alvanius Artemidorus Medicus Ocularius. Ann(orum) XXXXVII K(arus) S(uis) H(ic) S(itus) E(st) S(it) T(ibi) T(erra) L(vis).

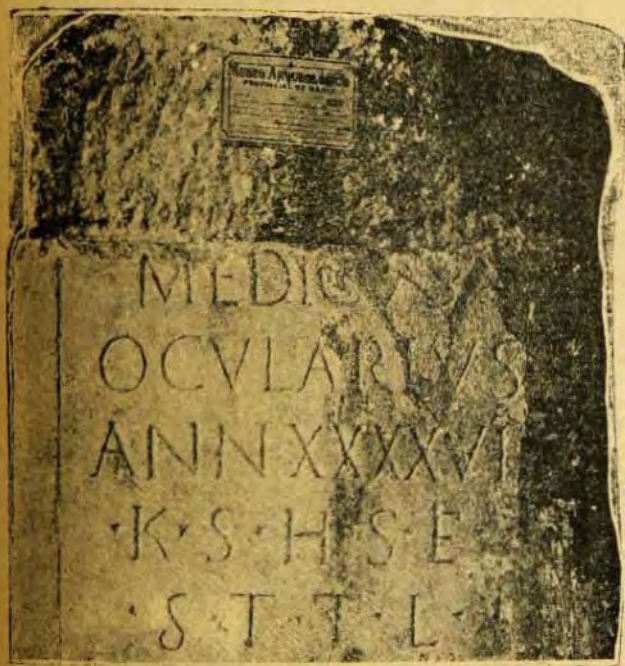
Consagrado á los Dioses manes. Aquí yace Alvanio Artemidoro, Médico oculista, de cuarenta y siete años, querido de los suyos. Séale la tierra ligera.

Desde luego el nombre Artemidoro es de origen griego y pudiera suponerse que ejerciera la profesión en la isla gaditana.

Tanto por la labor de la inscripción, como por la del mármol, nada tiene de extraordinario comparándola con las de su época; pero, como estos objetos deben ser analizados con escrupulosa atención para poder discurrir con algún acierto me he fijado en una

(1) Observando detenidamente la inscripción hemos encontrado en el renglón de los años la huella de uno mas y así lo consignamos.

particularidad que, si en nada altera el valor arqueológico de la inscripción por lo que á oculistas romanos se refiere, puede sin embargo engendrar alguna duda respecto al individuo. Cuando esta inscripción fué hallada en Chiclana debió aparecer como indica nuestro fotograbado, y sus poseedores el primer cui-



dado que debieron tomarse, llevados tal vez de su espíritu religioso, fué el de grabar varias inscripciones cristianas por debajo de la pagana, como si con ello quisieran redimirla de su origen ni que otra cosa les preocupara. Pasando el tiempo ó en la misma época debieron encontrarse unos fragmentos de lápida que juzgaron por su nombre y forma fuese de la ante-

rior inscripción, y sin cuidarse de estudiarla se la aplicaron como cosa propia, adosando todo ello al muro foral de una casa, donde permaneció algunos años hasta que se le trasladó á Cádiz.

No es necesario ser muy ducho en materias epigráficas para comprender, fijándose un poco, que el fragmento en que está inscrito el nombre de Artemidorus no pertenece á la inscripción principal, pues las líneas ó marco en que se encierra el nombre no ajusta ni con mucho á las labradas en el cipo. El profesor Hübner al transcribirla subraya los dos primeros renglones, indicando con ello que no los vió en su sitio y los tomó de los que antes habian copiado la piedra; de modo que hoy deberán suprimirse de dicho epigrafe.

Por la gallardía que aun conservan sus letras, si nó parece como el de *Ipagro* de fines del primer siglo antes de J. C., puede conjeturarse que fué de los comienzos de la primera centuria de la era cristiana en tiempo de Augusto, caracterizándose con la fórmula *Karus Suis*, muy usada en las lápidas tumulares gaditanas.

Es estraño que siendo costumbre entre los romanos colocar en las tumbas aquellos objetos que le eran mas queridos y de su uso, no se haya encontrado en España ningún instrumento de cirugía ocular, ni sellos, como ha tenido lugar en otras tumbas.

Tanto por los llamados sellos de oculistas, como por las lápidas que acabamos de describir, se viene en conocimiento de que la especialidad de las enfermedades de los ojos en tiempo de los romanos tenia una verdadera importancia. Considerable número de enfermedades eran clasificadas con escrupulosa aten-

ción, multitud de medicamentos eran aplicados con acierto, y no pocos procedimientos operatorios completaban la cirugía ocular.

Entre los oculistas los unos se denominaban *oculari clinici* y los otros *oculari chirurgi*, de igual suerte que los médicos, los unos eran *clinici* y los otros *vulnerari*.

En aquellos tiempos ya hemos dicho que el Gobierno para nada entendía en el ejercicio de la medicina ni en la venta de medicamentos. Eran profesiones completamente libres; de aquí que los enfermos tenían que ser muy cautos y guardarse bien de tomar medicina alguna que no fuese facilitada directamente por su médico. Estos á su vez adquirían las sustancias simples ó los medicamentos confeccionados por los Myrópolas ⁽¹⁾ almacenistas al por mayor de los minerales y vegetales que tenían aplicación en la vasta materia médica de entonces. Estos mercaderes en grande escala compraban sus productos del Estado, que tenía acaparada su recolección en todos los ámbitos del mundo Romano.

Además existía el *Farmacopola* ⁽²⁾ que era el charlatán callejero que en contacto siempre con la gente de mal vivir, era materia dispuesta constantemente á explotar á los incautos. Este conjunto de elementos formaba, digámoslo así, la organización de la sociedad médica de entonces, que abarca un ciclo de esplendor para la medicina, que abre con *Augusto* y cierra con *Nerón*, en que comienza ya la decaden-

(1) Frase muy usada por el célebre cómico romano Plauto.

(2) *Horacio* en su libro I Satira 2.^a con motivo de la muerte de *Tigelio* les mezcla con los vagabundos, mendigos, mugeres alegres etc. que tanto se apenaron por su muerte.

cia del arte de curar, iniciándose una terrible invasión de médicos improvisados, que caen sobre el Imperio, desolando á la humanidad doliente. Pero muchos de estos médicos, tuvieron de nuevo necesidad de abandonar la medicina, por su descrédito y falta de clientes, buscando en otros oficios más bajos medios de subsistencia. Si tan funesta decadencia pudo influir por el momento en la marcha progresiva de las ciencias médicas, lo que es de lamentar; en cambio es gratisimo el recordar sus pasadas glorias, que tanto sirven de enseñanza al presente de que nos orgullecemos.

PRINCIPALES PUBLICACIONES

DEL

DR. RODOLFO DEL CASTILLO QUARTIELLERZ

Sifilis, naturaleza y sitio.

Las aguas minero-medicinales de Artegio.

El protóxido de ázoe como anestésico en las operaciones oculares.

La hemeralopia: Definición, etiología, sintomatología, diagnóstico, pronóstico, curso, duración y tratamiento.

Del estrabismo concomitante.

Communication faite au Congrès d'Ophthalmologie de Milan.

La Sutura Elástica.

Nuevo proceder para la resección del cuerpo del maxilar inferior.

Comunicación presentada al Congreso Médico de Barcelona.

La asepeia y la antisepsia en la operación de la catarata.

Nuevo proceder de traqueotomía. Comunicación presentada al Congreso Médico de Barcelona.

Tratamiento de la oftalmía purulenta de los recién nacidos.

Apuntes de un viaje á Italia, con un prólogo del Dr. D. Angel Pulido.

El Crucifijo de Fray Diego de Cádiz.

Carta del Rey Don Fernando el Católico al Ayuntamiento de Córdoba, dándole cuenta de la toma de Granada.

TRADUCCIONES

Nuevo proceder de extracción de cataratas, por el Dr. Liebraich.

Elementos de oftalmología, optometría y refracción ocular, del Doctor Armengnac.

Higiene del niño recién nacido, con un prólogo y apéndice sobre la Oftalmía purulenta.

De las heridas del ojo desde el punto de vista médico legal, por el Dr. F. de Arit, profesor de la clínica oftalmológica de la Universidad de Viena.

Leciones oftalmológicas del Dr. G. Sous, profesor de Oftalmología, etc.

Elementos de Terapéutica ocular, por el Dr. A. Bourgeois.

La Andalucía Médica desde 1875 á 1890.

Los Anales de Oftalmología desde 1893 á 1895.